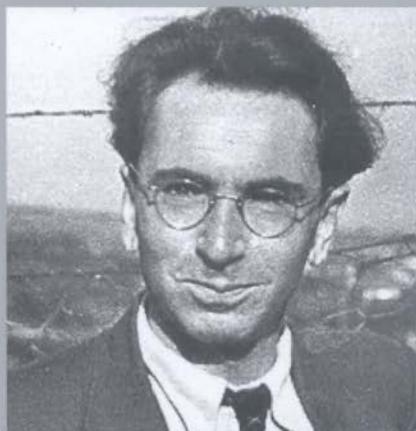


433 / 05

UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU



VIKTOR FRANKL

LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA VIDA

POR

AQUILINO POLAINO LORENTE
CATEDRÁTICO

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CC. DE LA COMUNICACIÓN
UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

26 de Abril de 2005

FESTIVIDAD DE SAN ISIDORO DE SEVILLA
FESTIVIDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES



VIKTOR FRANKL

LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA VIDA

POR

AQUILINO POLAINO LORENTE
CATEDRÁTICO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CC. DE LA COMUNICACION
UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA VIDA, EN VIKTOR FRANKL

Aquilino Polaino Lorente
Catedrático de Psicopatología
Director del Departamento de Psicología

Lección Magistral en el Acto Académico en la festividad de los Patronos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación, USP-CEU.

Madrid, 26 de Abril de 2005

VIGENCIA ACTUAL DE UNA CUESTIÓN PALPITANTE

Sin duda alguna, hablar hoy de "búsqueda de sentido" y de Víctor Frankl, puede dar la impresión de estar tratando de sólo una y misma cosa. Hasta ese punto la "búsqueda de sentido" se ha vinculado con su persona, un término que, por otra parte, resulta comprensible o connatural a la experiencia de la mayoría de las personas.

Esta fuerte vinculación no es un mero ardid del asociacionismo lingüístico, como algunos podrían suponer. En mi opinión, tal vinculación está bien fundamentada. Su fundamento no es otro –y esto las personas cultas lo saben– que la misma vida de su autor o, si se prefiere, la fuerte y dolorida experiencia biográfica de quien gastó su vida indagando y desvelando, en el ámbito de la logoterapia por él fundada, esta cuestión acerca del sentido del vivir humano.

En este contexto, parece ser muy cierta la afirmación profética de von Gebattel (1966, p.80), enunciada medio siglo atrás: "Hay que reconocer que el hombre nunca ha sabido tanto de sí mismo como en la actualidad, y que, en el fondo, nunca ha sabido menos en todo lo que se refiere a su definición y al sentido último de su existencia".

Acaso por esto mismo, la "búsqueda de sentido" constituya para el hombre de hoy una de esas raras avis, una de esas cuestiones que, no por ignoradas, deja de tener la mayor y más urgente vigencia.

Las personas pueden huir del esfuerzo que entraña la aventura de esa búsqueda y renunciar a encontrarse con la verdad de sus propias vidas –la respuesta a la ingenua pregunta de ¿quién soy yo?-, pero a cambio de nada. Cuando se evita esta cuestión acerca de sí, cuando se huye de sí mismo, lo habitual es correr tras el cambio vertiginoso del activismo y la novedad de múltiples estímulos emergentes, jamás sentidos, que embriagan y amordacen, provisionalmente, la propia sensibilidad.

Como de forma magistral describió Pascal (1930, no 171, p. 56), "la única cosa que nos consuela, entonces, es la diversión, que es, sin embargo, la mayor de nuestras miserias. Porque es lo que nos impide pensar en nosotros mismos y, de modo insensible, nos va perdiendo. Sin eso sentiríamos tedio, que nos llevaría a procurar un medio más eficaz para salir de él. Pero la diversión nos recrea y nos lleva imperceptiblemente a la muerte".

Esta es la experiencia común de la mayoría de los psicólogos y psiquiatras actuales. Experiencia que de día en día coincide más con la ya anunciada por Frankl (1977), cuando escribió: "Nosotros, los psiquiatras, más que nunca, nos encontramos con pacientes que se quejan de sentimiento de inutilidad, que actualmente desempeña un papel al menos tan importante como el sentimiento de inferioridad de la época de Alfred Adler. Permítanme citar una carta que hace poco recibí, de un joven estudiante norteamericano: "tengo 22 años, una licenciatura, un coche, se-

guridad social y más sexo del que podría necesitar. Ahora sólo necesito explicarme a mí mismo cuál es el sentido de todo eso". Como se ve, esa persona no sólo se está quejando de una sensación de falta de sentido, sino también de vacío (el subrayado es nuestro)."

"Es cierto, todo termina —continúa Frankl. Ese es nuestro destino. No alimentes ilusiones respecto a nada. O mejor: no esperes en nada para no desesperarte por nada. La paz del espíritu es el resultado de haber aceptado lo peor. Has aceptado la muerte. Todavía sigues vivo, sin embargo. ¡Si, aún vives! Olvídate, pues, de los demás. Asume una actitud escéptica ante todos los "idealismos" —son demasiado grandes para tí—; no pretendas entenderlos; agárrate fuertemente a los placeres que encuentres. ¡No los dejes escapar! Aprovecha todas las sensaciones agradables y voluptuosas. Es lo único que tienes. Aspira el perfume de todas las flores, arráncalas y, si te gusta, puedes destruirlas entre tus manos. Mastícalas. No te sacrifiques a "principios". No tengas corazón de héroe. Embriágate del presente. Así te gustará y morirá, sin duda. No tendrás futuro. Pero la vida es así: acéptala como es. ¿A que vienen esos negros pensamientos? ¡Diviértete!".

La apelación tan extendida en la actual sociedad al *Carpe diem!*, ¿está justificada? ¿Puede reprimirse el espíritu y seguir la vida adelante, como si nada hubiera acontecido? ¿Están los jóvenes de hoy, que sobrenadan en la abundancia, con una vida pletórica, llena, cuya espesura y densidad les satisface por completo? ¿Es el pulso de una vida llena lo que encontramos los profesores en las tutorías con nuestros alumnos universitarios? No, no es esta la experiencia de lo que los profesores encontramos en las tutorías. Lo que encontramos, infortunadamente, es más bien lo contrario.

Encontramos el vacío, la estulticia resultante de biografías inauténticas, el cansancio y la fatiga de quienes andan en la oscuridad, el tedio y la náusea de quienes, en apariencia, tienen satisfechos todos sus sentidos e instintos, a costa de haber frustrado su hambre de verdad.

¿Qué les falta, entonces? Les falta todo. Les falta lo principal. Les falta encontrar la verdad de sus propias personas. Les falta el convencimiento de que sus vidas, lo que hacen cada día, tiene sentido y, por eso, merece el esfuerzo que precisan hacer y que gustosamente habrían de realizar. Les falta algo de esa *joi de vivre*, de esa alegría de vivir que no procede del consumismo. Les sobra, por el contrario, el mismo consumismo que asfixia y sofoca las nascentes aspiraciones a una vida humana más auténtica, a una vida que valga la pena de ser vivida y de la que cada quien pueda sentirse orgulloso.

No, la sociedad de la abundancia y el bienestar –garantizada incluso por el *Welfare State*–, demasiado rica en tiempo de ocio, no ha impedido que haya personas que mueran cada día a causa del confort. He aquí la meta final a que conduce el hedonismo.

Y cuando la vida hinca su sabia, como un zarpazo traicionero y embustero, en apenas la satisfacción instantánea de lo inmediato, la brújula de la persona se vuelve loca y es ya incapaz de marcar el norte. La vida se desvitaliza y confunde, mientras el sinsentido va poblando las horas de una biografía, que cada vez se torna más el guión de una vida invertebrada, de una vida-basura. Emerge, entonces, lo que ya Camus (1981) nos relata: “En ciertas horas de lucidez, comprendo que esta vida, esta payasada sin sentido, vuelve estúpido todo lo que rodea al hombre”.

Cuando no se hace pie en la propia existencia, la apertura a la trascendencia está herméticamente cerrada o, por mejor decir, ni siquiera está, porque ya nada tiene sentido y no cabe preguntarse por el sentido acerca de la búsqueda del sentido. De aquí la oscuridad y el comprensible error de suponer que la totalidad del mundo acaba justo allí donde finaliza el contorno epidérmico del propio yo y, por el momento, nada más.

“Si Dios no existe –escribe Cau–, no sólo te veo perdido, amigo mío, mi hermano, mi semejante, mi prójimo. Si Dios no existe, tú eres para mí

un excremento (une merde, en el original). No pasas, ¡oh hombre!, de ser un montón de excremento parlante". A esta equívoca y falaz mentira conduce la pérdida de sentido de la propia vida.

EL CONTEXTO BIOGRÁFICO DE FRANKL, EN EL QUE SURGE LA PREGUNTA ACERCA DEL SENTIDO

A los menos avezados en el conocimiento de Frankl y la logoterapia les sugeriría alguna bibliografía elemental (Fabry, 1998; Lukas, 1980) , además del conocimiento de algunas obras de Frankl (2003a y b, 2002, 1999, 1980 y 1977). Es probable que algunos de ellos se hagan ciertas preguntas como la siguiente: ¿De dónde sacó Frankl la inspiración, las fuerzas para hacer cuestión de sí, y encontrar el sentido de su vida?

La respuesta a esta cuestión se encuentra, a mi entender, en su propia biografía. Pero no es éste el lugar apropiado para abordar, como sería menester, el itinerario biográfico del autor. Para este propósito, el autor de esta intervención ha tratado de limitarse a relatar -apoyándose en algunos textos del propio Frankl- sólo dos hechos biográficos. El primero corresponde, sin duda alguna, a la historia de amor de Frankl; el segundo, en cambio, está vinculado a dos lugares geográficos, Auschwitz y Dachau, especialmente significativos y dramáticos durante la II Guerra Mundial. Adentrémonos en ellos a través de los escritos de su autor.

LA HISTORIA DE AMOR DE FRANKL

En el fragmento, que a continuación se transcribe, Frankl relata algunas anécdotas sustantivas de su experiencia amorosa. Sin duda alguna, hay afirmaciones demasiado fuertes y acaso no del todo puestas en razón, que tal vez pueden llegar a herir la sensibilidad de algunos de los oyentes, por lo que les pido desde este instante su comprensión y benevolencia.

Pero he considerado necesario traer aquí el abismo de horror en que se gestó la biografía del autor, sin la cual es harto probable que no hubiera barbotado la cuestión acerca del sentido. Sigamos el relato de Frankl (2003b):

“Permaneciendo en Viena –escribe-, tuve entonces la oportunidad de conocer en el Hospital a mi primer mujer, Tilly Grosser. Era enfermera en el servicio del Profesor Donath. Muy pronto me llamó la atención, porque, tal como me parecía en esa época, tenía la apariencia de una bailarina española. En realidad nos juntamos porque ella quería hacerme enamorar para vengar a su mejor amiga, con la que yo había iniciado una amistad, pero luego la había dejado. Adiviné enseguida este motivo y se lo dije. Quedó sumamente impresionada (...) Después de nuestro casamiento bajo una “Chuppe”, que se denominaba cielo, tuvimos que caminar hasta el fotógrafo, porque a los judíos les estaba prohibido ir en taxi, Tilly con el velo blanco de novia. Luego continuamos camino a casa, haciendo un alto en una librería en cuya vidriera yo había visto un libro con el título “Casémonos”. Después de dudar durante largo rato, entramos, Tilly por supuesto todavía con su velo de novia, y los dos llevábamos las estrellas amarillas. No quise privarme de la diversión de obligarla a que pidiera el libro, y así allí estaba ella con su blanco velo y la estrella amarilla en el pecho, ruborizándose, diciendo al vendedor ante la pregunta de éste, qué es lo que deseaba: “Casémonos”.

“Volvamos a nuestro casamiento. Nueve meses después, y nos encontrábamos en el campo de Theresienstadt. Dos años. Yo fui citado para el transporte más tarde, Tilly se encontraba bajo el amparo de transporte, porque trabajaba en una fábrica que era importante para la provisión de municiones “hacia el este”, para Auschwitz. Como yo sabía que Tilly, tal como yo la conocía, iba a hacer todo lo posible para ir conmigo, le prohibí, expresa y encarecidamente, presentarse voluntariamente para mi transporte. Además, era peligroso presentarse espontáneamente, porque podía interpretarse fácilmente como un sabotaje a la importante producción bélica.

A pesar de todo, Tilly se anotó, sin mi conocimiento, en forma voluntaria, y por motivos incomprensibles fue aceptada.”

“Durante el transporte, ella fue auténticamente ella. Luego de una breve reacción de pánico, en la que me susurraba: “Verás, vamos a Auschwitz” -lo que en primer momento nadie pudo suponer-, y repentinamente comenzó a ordenar el equipaje que se encontraba en total desorden, induciendo a los demás para ayudarlo. De repente, ella estaba totalmente tranquila. Los últimos minutos que estuvimos juntos en Auschwitz, ella se mostró serena. Justo antes de la separación, me susurró que había hecho trizas un reloj (si no recuerdo mal, se trataba de un reloj despertador), para que no cayera en manos de las SS. Era evidente que disfrutaba este pobre triunfo.”

Hasta aquí pequeñas anécdotas irrelevantes entre dos personas que se quieren, que el amor entre ellos hacen relevantes y significativas. Ya en el campo de concentración, Frankl regaló a Tilly en su 23o cumpleaños, un modesto obsequio: un pequeño globo terrestre de oro, en el que se veían los mares del mundo en esmalte azul y un aro dorado alrededor del Ecuador con la inscripción siguiente: “Todo el mundo gira alrededor del amor”. La dedicatoria de Frankl a su mujer fue, en esta ocasión, la siguiente: “Para tu fiestas, yo deseo para mí, que tú te seas fiel a ti”. Un breve comentario del autor nos revela ya su inclinación a las paradojas, cuando a continuación escribe: “O sea, una paradoja doble: para su cumpleaños yo pronuncié un deseo para mí, y no para ella, que ella se mantuviera fiel a sí misma, y no a mí” (p. 76).

Esta anécdota pone de manifiesto la importancia que Frankl vislumbraba o intuía ya acerca del sentido de la vida. Lo que él había deseado para sí, es que ella fuera ella misma. Pero, ¿es que acaso se puede desear algo mejor a otra persona? No, tal deseo era mucho más altruista de lo que Frankl supone. Repárese también en que siendo fiel a sí misma es como mejor podía corresponder al amor de su marido, y a su través, a la fidelidad a éste.

De otra parte, la formulación de tal deseo, aunque inicialmente parezca un cierto egoísmo -por cuanto atañía a Viktor y no a Tilly-, no obstante, no era así. Si Tilly era fiel o no a sí misma, era una cuestión que concernía en primer lugar a ella y sólo a ella; y sólo, secundariamente, también a Viktor. De aquí se concluye que en una dedicatoria tan aparentemente ingenua se encierra una robusta articulación de lealtades: tanto a sí mismo como a la persona a la que se ama. Y ese anudamiento de la vida personal e interpersonal es, precisamente como luego observaremos, uno de los núcleos duros en que se fundamenta el sentido de la vida.

Pero dejemos que el relato de Frankl continúe sorprendiéndonos. "Cuando luego fueron separados los hombres de las mujeres, le dije con palabras enfáticas, de manera que realmente pudiese entender lo que yo le quería transmitir: "Tilly, quedar con vida a todo precio, ¿me entiendes?, a todo precio".

"Yo quería, si se diese la situación de que ella pudiese salvar su vida por el precio de una permisividad sexual, que no se negara pensando en mí. Por medio de esta absolución a priori, que prácticamente le estaba concediendo, quería evitar que su fidelidad hacia mí, que podía significar la muerte, me convirtiera en co-culpable de ésta" (p. 79).

Es muy difícil tomar postura frente a este suceso. En un principio, parece como si Frankl estuviese dispuesto a sacrificar una parte de la fidelidad de Tilly (su conducta sexual violentada por otro), con tal de salvar la totalidad de Tilly y su entera persona. Como si salvar la vida, a cualquier precio, fuese el fundamento de la fidelidad interpersonal, poco importa que un fragmento de ella -el comportamiento sexual- fuese el "precio" que hubiera que pagar y a pesar de que la fidelidad se quebrantara por el camino.

De otra parte, habría que argumentar la generosidad entrañable de Frankl al estar dispuesto a "renunciar" a ese sector de fidelidad de su mu-

jer, lo que agiganta el amor hacia ella. Pero no podemos pensar que si Tilly cedía ante la violencia sexual de sus guardianes, para así salvar su vida, tal vez constituyera un acto menor contra la fidelidad a sí misma y a su esposo.

Desde luego, hay otras muy diversas perspectivas y horizontes desde las que analizar este hecho, en las que ahora no puedo entrar. Mas en relación con la búsqueda de sentido, que es lo que aquí importa, Frankl deja flotando en este contexto que el sentido de su vida era el amor que sentía por Tilly. Y el amor, más allá de su patética tragedia personal, sí que es un excelente fundamento sobre el que asentar el sentido de la propia existencia.

Un sentido éste que permanecerá vigoroso y robusto en su espesor, a lo largo del prolongado cautiverio que Frankl sufrió en los Campos de concentración durante más de tres años. Un sentido éste, como observaremos enseguida, que por encima de cualquier circunstancia, por dramática y escandalosa que ésta sea, mantiene su vigor y frescura para la persona que ama. A pesar de la ignorancia respecto del paradero de Tilly, de los numerosos sufrimientos y de las vejaciones inhumanas sufridas por Frankl, el sentido de su vida permaneció inhiesto y le sirvió de poderoso acicate para seguir existiendo. Tilly murió en el Campo de concentración de Bergen-Belsen, después de la liberación de las tropas inglesas.

“Además —prosigue la narración Frankl—, me fue relatado que unos gitanos habían cocinado de noche partes de los cadáveres en sus ollas, especialmente los hígados. Durante semanas me persiguió la pesadilla: gitanos comiendo el hígado de Tilly.”

Después de la guerra se encontró con un obrero que también había sido liberado en Baviera, quien jugaba con un colgante que Frankl reconoció ser el mismo que había regalado a Tilly. El relato lo prosigue con

estas palabras: "Le compré al hombre la joya. Tenía una pequeña abolladura, pero tanto antes como después, todo el mundo giraba alrededor del amor..." (p. 80). Frankl se había salvado porque le había salvado el sentido de su vida, es decir, su amor por Tilly.

AUSCHWITZ Y DACHAU

La larga travesía de sufrimientos encadenados que le aguardaba, de haberlos conocido con anterioridad, es muy probable que el propio Frankl no hubiera podido soportarlo. Junto a la pérdida de sus padres, hubo de soportar miles de vicisitudes lacerantes y exterminadoras en los Campos de concentración. Ese fue y no otro el contexto biográfico en que eclosionó con toda su pujanza el sentido de la vida, en el que apoyar la supervivencia en condiciones antihumanas. Y probó de una vez por todas, con la experiencia de su vida, que la cuestión acerca del sentido puede iluminar y robustecer la vida más debilitada. En esto coincide con la afirmación de Kant, de que "quien tiene un por qué vivir, soporta cualquier cómo". Pero dejemos que el mismo Frankl nos lo cuente en los fragmentos que siguen.

"Esta fue la lección –continúa Frankl– que tuve que aprender en los tres años transcurridos en Auschwitz y Dachau: *ceteris paribus*; los más aptos para sobrevivir en los campos de exterminio fueron aquellos que se hallaban orientados hacia el futuro, hacia una tarea o una persona que les aguardaba en el futuro, hacia un sentido que ellos habían de cumplir en el futuro. (...) Aquellos prisioneros que sabían que algo o alguien seguía esperando por ellos eran los que mayores probabilidades tenían de sobrevivir. El correspondiente mensaje –el legado– es que la supervivencia dependía de un `para qué´ o `para quién´. Es decir, la existencia dependía de la `autotrascendencia´, concepto que introduje en la logoterapia en 1949." Sobre el tema de la autotrascendencia volveremos al final de esta exposición.

“Así llegué a comprender –prosigue el relato- que el primer hecho antropológico humano es estar siempre dirigido o apuntando hacia algo o alguien distinto de uno mismo: hacia un sentido que cumplir u otro ser humano que encontrar, una causa a la cual servir o una persona a la cual amar. Tan sólo en la medida en que alguien vive esta autotrascendencia de la existencia humana, es auténticamente humano o deviene auténticamente él mismo. Y deviene así, no preocupándose por la realización de sí mismo, sino olvidándose de sí mismo, concentrándose en algo o alguien situado fuera de sí mismo” (p. 35-37).

La luminosidad de estas palabras patentiza la dimensión donal de la vida humana. En efecto, el sentido de cada vida humana no puede cerrarse en el hermetismo solipsista de sí mismo. El self, la mismidad no es razón suficiente para destinar a ella misma –y sólo a ella- la rica, proteiforme, singular y valiosa trayectoria vital personal.

La vida personal se encuentra tanto más y mejor a sí misma y se realiza como tal en la apertura y encuentro con el otro; más aún, en la servidumbre y dependencia del otro, en el sometimiento al “tú” en el que reverbera y se manifiesta el mejor “yo” posible. No es adentrándose sólo en sí mismo el modo como la persona se conoce y encuentra a sí propia. Esto es necesario, pero no es suficiente.

El propio “yo” necesita del “tú” para ser él mismo. Sin el “tú”, el yo se falsea y realiza de forma inauténtica, por cuanto es muy proclive al narcisismo –una de las más complejas y dolorosas patologías para las que apenas si disponemos de una ayuda terapéutica que sea eficaz.

Pues, como dice Frankl, “es, en realidad, la `persecución de la felicidad´ lo que impide ser feliz. Cuanto más la convirtamos en objetivo de nuestras vidas, tanto más se alejará de nosotros. Esto resulta más evidente cuando se trata de la felicidad sexual, de la búsqueda de placer sexual (satisfacción). El resultado son las neurosis sexuales” (p. 37).

La trilogía de potenciales de sentido. "las tres dimensiones de las que emerge el sentido son para Frankl las siguientes: el sufrimiento, el trabajo y el amor. De ellas, la primera tiene una relevancia singular y hasta cierto punto independiente de las otras dos" (el subrayado es nuestro; Frankl, 2003a, p. 43).

"Se ha pasado por alto, o se ha olvidado, que si una persona ha hallado el sentido que buscaba, está preparada a sufrir, a ofrecer sacrificios e, incluso, si ello es preciso, a dar su vida. Por el contrario, si tal sentido no existe, será proclive a quitarse la vida y se hallará dispuesta a hacerlo aún cuando sus necesidades, en todos los aspectos, se encuentren satisfechas" (p. 18).

El olvido del sentido, la despreocupación por su búsqueda y, sobre todo, la huida, el escape o su evitación activa vacían de un porqué para seguir viviendo, para alcanzar el significado del propio vivir y así manifestarlo al mundo. Tales actitudes son hoy mucho más frecuentes de lo que sospechamos. Acaso por esto no se entendiera —e incluso se criticara por algunos, con acritud y sin respeto alguno— los últimos meses de la vida de Juan Pablo II, dado el estado de fragilidad de su salud.

"En realidad, continúa Frankl, estoy convencido de que no existe situación alguna que no encierre dentro de sí alguna posibilidad de sentido. En gran parte, esta convicción es la temática de la Logoterapia que es sistematizada por ella" (p. 41).

"Nosotros, en realidad, no debemos preguntar por el sentido de la vida, porque somos nosotros mismos los que somos interrogados. Nosotros somos los que debemos responder a las preguntas que la vida nos presenta. Y estos interrogantes de la vida sólo podemos contestarlos al responsabilizarnos de nuestra existencia" (p. 45-46; el subrayado es nuestro).

"El sentido último trasciende nuestra capacidad de comprensión, que debe trascenderla, en una palabra, que se trata de un metasentido, pero no

tomado como algo metafísico. En él sólo podemos creer. Mas en él también debemos creer. Aunque sea sólo de forma inconsciente, cada uno de nosotros ya desde siempre cree en él (...) Bendecido sea el destino, creído con fe sea su sentido. (...) Esto significa que todo lo que a uno le acontece debe tener algún fin último, o sea un metasentido. Mas este metasentido no se puede conocer; sólo se puede creer en él. En realidad, se trata de un redescubrimiento del amor fati, propagado por Spinoza, el amor al destino" (p. 46).

¿De dónde sacó Frankl la fuerza para desvelar y ser fiel al sentido de su vida? Quienes me hayan seguido hasta aquí entenderán muy bien mi respuesta: fundamentalmente, de las vividas experiencias del dolor y el amor, y secundariamente del trabajo. Este es también el fundamento de la Logoterapia por él fundada. Tal vez por eso, habría que advertir a quienes traten de acercarse a ella o/y a su aprendizaje como terapeutas, aquellas tristes palabras de "Absténgase de entrar aquí quien no esté dispuesto a sufrir".

La logoterapia es para Frankl, una "doctrina de sentido contra el vacío de sentido" (Sinnlehre gegen die Sinnleere). Ese sentido no puede inventarse (erfunden) pero sí descubrirse (gefunden), es decir, lo que siempre fue el desvelamiento de la verdad como experiencia de la aletheia.

DE LA LOGOTERAPIA A LA TRASCENDENCIA: OTRAS POSIBLES SOLUCIONES A LA BÚSQUEDA DE SENTIDO

La "autotrascendencia", a la que se ha aludido líneas atrás citando a Frankl, es conditio sine qua non, condición sin la que no es posible la comprensión, aprendizaje y ejercicio de la logoterapia.

En opinión de quien esto escribe, hay muy variadas formas de buscar y encontrar un sentido para la propia vida. Es posible que no todas ellas

sean de la misma eficacia, como tampoco todas ellas se articulan, ensamblan y encuentran igual acomodo en las diversas personas. A pesar de esta diversidad en los modos de encontrar un sentido para la propia vida, el hecho es que en las actuales circunstancias socioculturales se percibe en muchas personas esa inmensa voracidad por la búsqueda de sentido, algo que parece rebrotar con renovado vigor, cuanto más se reprime.

¿Tiene sentido que esté yo haciendo hoy y aquí uso de la palabra ante ustedes? ¿Tiene sentido que les esté hablando precisamente de la búsqueda de sentido? ¿Tiene sentido tanta vida azacanada y apresurada de muchos de los profesores, aquí presentes, para satisfacer las demandas que les cursan las autoridades académicas? ¿Tiene sentido soportar el tedio, el aburrimiento, la pereza o, sencillamente, el cansancio que dicen experimentar nuestros alumnos por las actuales exigencias a que están sometidos? ¿Por qué estudian los alumnos de esta Facultad? ¿Lo tienen claro? ¿Qué sentido tiene el esforzado interés que se toman las personas que trabajan en la biblioteca, a fin de que podamos emplear unos y otros la necesaria bibliografía? ¿Tiene sentido el sudor y la amabilidad con que siempre nos atienden —no importa la gente que la frecuente— las personas que trabajan en la cafetería? ¿Tienen sentido las preocupaciones y afanes de quienes dirigen esta Universidad, para tratar de hacer que esta institución sea la mejor posible?

Son preguntas éstas que debiéramos hacernos, pues es probable que detrás de ellas estén agazapados y como latentes y oscurecidos los diversos sentidos que de seguro acabarán por iluminar nuestras vidas y quehaceres.

El poderoso avance tecnológico ha sembrado nuestro entorno de sofisticados aparatos, que, desde luego, nos resultan imprescindibles (ordenador, móvil, cámara digital, etc.). Nada tengo contra ellos, pero no hemos de conformarnos con sólo ellos, a fin de que no nos suceda lo que ya nos anticipaba Bernanos: “un día descubriréis que llenasteis el mundo de ro-

bots, que viven con una huella de alma atrofiada: robots con corazón de insecto, más laboriosos y más feroces que las hormigas”.

Sería interesante hacer alguna indagación acerca de cómo se articula la verdad y el sentido en la vida personal. Soy del parecer que la verdad que el hombre ha realizado con su propia vida, las motivaciones y convicciones que han presidido su trayectoria biográfica, las vivencias inefables que han entreverado su historia vital interna tienen vocación de eternidad y, por eso mismo, están atravesadas de un claro y rotundo sentido que no perecerá jamás, como tampoco nadie podrá modificarlo, extinguirlo o suplantarlo. ¿Es que esto no es acaso un modo certero de encontrar y realizar en sí mismo el personal sentido de la vida? La verdad del hombre, a mi parecer, ha de estar conectada a la Verdad, de quien es dependiente y recibe su luz y valor de permanencia.

El iter de la logoterapia a la trascendencia resulta ser un encaminamiento natural, tal y como lo han experimentado y puesto de manifiesto numerosas personas. No podía ser de otra forma, dada la natural apertura a la trascendencia propia de la condición humana. Esto en modo alguno empece para tergiversar la acción y el destino de la logoterapia, mancillándola en interpretaciones, acaso un tanto sublimes, pero que no debieran confundirse con la experiencia religiosa.

Una cosa es que desde la experiencia logoterapéutica pueda arribarse o no a la vivencia de experimentar la necesidad de un “salto” religioso, y otra muy distinta es que entre el “hecho religioso” y el “hecho terapéutico” no haya diferencia alguna y puedan entre ellos sustituirse. Es claro que entre ambos hay una distinción real y no sólo de razón.

Por eso, ni la experiencia religiosa puede reducirse a la experiencia terapéutica, ni ésta a aquella. Confundir la una con la otra supone tergiversar y desnaturalizar a las dos, es decir, disminuirlas, desnaturalizarlas y empobrecerlas. Una vez asentada esta gran verdad, es preciso añadir

que el sentido de la vida es una de las cuestiones que, por su propio peso, muchos de los creyentes se han planteado, y han buscado y resuelto con bastante fortuna.

“¿Quién es el hombre, y para qué sirve? ¿Cuál es el bien y el mal que puede hacer? (...) Estas preguntas están en el corazón de cada hombre, afirmó Juan Pablo II (1983), como bien lo demuestra el genio poético de todos los tiempos y de todos los pueblos que, casi como profecía de la humanidad, vuelve a proponer de continuo la «seria pregunta» que hace al hombre verdaderamente hombre. Expresan la urgencia de encontrar un porqué de la existencia, de todos sus instantes, tanto de sus etapas más notables y decisivas como de sus momentos más comunes. Es en preguntas así donde se testimonia la razón profunda de la existencia humana, pues en ellas la inteligencia y la voluntad del hombre son instadas a buscar libremente la solución capaz de ofrecer un pleno sentido a la vida. Estos interrogantes, por lo tanto, constituyen la expresión más elevada de la naturaleza del hombre, con lo que la respuesta última y más satisfactoria, la razón humana alcanza su cúspide y se abre a la religiosidad. De hecho, la religiosidad representa la expresión más elevada de la persona humana, porque es el ápice de su naturaleza racional. Brota de la profunda aspiración del hombre a la verdad, y está en la base de la libre y personal búsqueda de lo divino que él emprende” (el subrayado es nuestro).

Al iniciar su diálogo con los jóvenes en la Universidad de Eurasia (Astana, KAZAJSTÁN), el 23 de Septiembre de 2001, Juan Pablo II expresó magistralmente su pensamiento acerca del sentido de la vida. “Conozco a los jóvenes –dijo– y sé que se interesan por las cuestiones fundamentales. Probablemente la primera pregunta que desearíais hacerme es esta: “¿Quién soy yo, según tu opinión, Papa Juan Pablo II, según el Evangelio que anuncias? ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Cuál es mi destino?”. Mi respuesta, queridos jóvenes, es sencilla, pero de enorme alcance: Mira, tú eres un pensamiento de Dios, tú eres un latido del corazón de Dios. Afir-

mar esto es como decir que tú tienes un valor, en cierto sentido, infinito, que cuentas para Dios en tu irrepentible individualidad" (el subrayado es nuestro).

Benedicto XVI aludió también a estas mismas cuestiones en la primera Homilía con la que inició su pontificado, al afirmar: "Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos (...) Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad sin luz (...), hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlos a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. (...) No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es Amor".

BIBLIOGRAFÍA

- * Benedicto XVI. (2005). Homilía en el inicio de su Pontificado, el domingo 24 de Abril de 2005.
- * Camus, A. (1981). El mito de Sísifo. Alianza Editorial. Madrid.
- * Cau, J., La pitié de Dieu. Citado por Llano Cifuentes, R. (2000). Dios o el sentido de la vida. MC. Madrid.
- * Fabry, J. B. (1998). La búsqueda de significado. La logoterapia aplicada a la vida. Fondo de Cultura Económica. México.
- * Frankl, V. E. (2003a). Psicoterapia y humanismo. ¿Tiene un sentido la vida? Fondo de Cultura Económica. México.
- * Frankl, V. E. (2003b). Lo que no está escrito en mis libros. Memorias. San Pablo. Buenos Aires.
- * Frankl, V. E. (2002). Fundamentos y aplicaciones de la Logoterapia. San Pablo. Buenos Aires.
- * Frankl, V. E. (1999). La idea psicológica del hombre. Rialp. Madrid.
- * Frankl, V. E. (1980). Ante el vacío existencial. Herder. Barcelona.
- * Frankl, V. E. (1977). La presencia ignorada de Dios. Herder. Barcelona.
- * Juan Pablo II. (1983). Alocución de la Audiencia general. L' Osservatore Romano, jueves 19 de octubre de 1983, pp. 1-2.
- * Juan Pablo II. (2001). diálogo con los jóvenes en la Universidad de Eurasia (Astana, KAZAJSTÁN), el 23 de Septiembre de 2001.
- * Lukas, E. (1983). Tu vida tiene sentido. Logoterapia y salud mental. SM Ediciones. Madrid.
- * Pascal, B. (1930). Pensées, París.
- * Von Gebattel, F. (1966). La comprensión del hombre desde una perspectiva cristiana. Rialp. Madrid.